

Capítulo 7 - - Salvar la escuela habría sido más fácil como empleado de la cafetería

Una habitación desconocida, un espejo desconocido, un atuendo desconocido y una cara desconocida.

Desconocido, había comenzado a usar esa palabra cada vez más en estos días. Era una expresión que le resultaba cansina. Observó la figura que lo miraba desde el espejo y siguió sus movimientos mientras se rascaba la barbilla. Al menos el picor había cedido, aunque no creía que alguna vez pudiera acostumbrarse a esto. No era necesario, se recordó a sí mismo. La regeneración de su cuerpo era muy subjetiva. Lo que menos le agradaba era cualquier alteración a su persona, lo que significaba que no podía perder la cabeza en esta misión. A menos que volviera a su rostro anterior.

Aunque la ropa estaba en buen estado; curiosamente, no presentó problemas al regresar. Inspeccionó el uniforme que vestía. Solo era ligeramente incómodo, realmente. En realidad, lo que más le incomodaba era la corbata roja. Alzó la mano para ajustarla ligeramente, agradecido de que su función fuera similar a la que recordaba de hace mucho tiempo, evitando así la humillación de tener que pedir ayuda a alguien más. El resto del conjunto le parecía más práctico que lo que presumía sería la vestimenta típica de una academia destinada a nobles.

Un par de botas marrón oscuro y pantalones negros con una camisa a juego. Completaban el atuendo una chaqueta roja oscura. Además de los colores, era sorprendentemente similar a los trajes de la Federación. La diferencia más marcada se encontraba en la chaqueta, donde el símbolo del Imperio descansaba sobre su corazón y el escudo familiar en su hombro derecho. Los botones parecían artesanales, con emblemas tallados con minucia. La suavidad del tejido también destacaba; sin embargo, eso solo ocultaba la sorprendente dureza de la tela, que no parecía fácil de perforar. No quería arriesgarse a dañarla en su primer día, por lo que no intentó probarla demasiado; no parecía prudente llegar con una chaqueta rasgada a la primera jornada.

Se escuchó un golpe en la puerta.

"Joven señor, es hora de partir," anunció una voz femenina, proveniente de una sirvienta.

El título le producía un escalofrío en la piel. No acudió a corregirla. Ya había solicitado que dejaran de llamarlo así, pero sus súplicas caían en oídos sordos. Al menos, atendían cuando les ordenaba que no entraran en su habitación; quizás Claire había logrado convencerlos respecto a eso. Caminó hacia la puerta y echó una última mirada a la residencia que había sido su hogar durante las últimas tres semanas. Era un espacio amplio, con una cama tamaño real que no desentonaba en el conjunto. Las ventanas con cortinas se extendían a lo largo de toda la pared, brindándole una buena vista de los campos de entrenamiento. Había un escritorio, un sofá, varios aparadores, estanterías y, como ya mencionó, el espejo de cuerpo completo. A excepción del internet, disponía de todo lo que necesitaba.

Con suerte, nunca tendría que volver. Lástima lo de la cama, en realidad tenía cierto cariño por ella. Tal vez, finalmente, aprendería a llenar un formulario de requisición y a conseguir una propia.

Extendió la mano hacia el pomo de la puerta; sus pertenencias ya habían sido trasladadas, así que no necesitaba cargar nada. Al salir al pasillo, la sirvienta se apartó un poco a un lado. Él le asintió un momento y luego se dirigió hacia la entrada de la mansión. Tuvo la oportunidad de conocer un poco más del inmueble en su breve estadía, sobre todo gracias a las varias lecciones a las que fue sometido. Por suerte, a pesar de su tamaño, la estructura de la mansión era bastante sencilla, por lo que no tuvo problemas en recorrer sus pasillos.

Se detuvo en la cima de la escalera, contemplando a la familia reunida en el vestíbulo. El señor y la señora estaban más arreglados de lo habitual. Él llevaba una chaqueta que parecía ajustada, mientras que ella lucía un largo vestido verde. Alice, por su parte, tenía un parecido algo menor a él, aunque había cambiado los pantalones por una falda. Sus botas también eran más largas, hasta la rodilla. Además, lucía algunos detalles adicionales en su chaqueta: gemelos, algunos pasadores y parches. No parecían meramente decorativos, por lo que probablemente tenían algún significado. Uno de ellos, quizás, fue omitido, ya que Claire estaba jugueteando con él. Alguien dijo algo, y risas llenaron el aire. Él prefirió no aumentar su percepción auditiva.

Debilitando su descenso, intentó concederles más tiempo.

—Ah, aquí estás —lo notó ella primero, tras haber terminado los ajustes que realizaba—. Temía que tuviera que ir a buscarte yo misma.

Durante la semana pasada no comentó nada respecto a lo que dijo en el jardín, y sus interacciones parecían mantenerse prácticamente igual. No podría decir lo mismo de Alice. Aunque no habían hablado desde aquel día, el tono de sus silencios había cambiado en su profundidad.

Claire se acercó, observándole con ojos que recorrían su figura de arriba abajo. En busca de defectos.

Ella asentó, sin encontrar ninguno.

—Excelente, llevas eso muy bien. Ahora, ven, todos; debemos darnos prisa. Los niños tienen un largo viaje por delante.

Ella los guió todos fuera del vestíbulo hacia los escalones delanteros de la mansión. El sol brillaba intensamente, justo por encima del horizonte. En la base, encontró el coche en el que había llegado anteriormente; frente a él, una pértiga sostenía un mayordomo de pie. Cal se apartó a un lado mientras bajaba las escaleras.

—¿Y a dónde crees que vas, joven? —Claire no fue la primera en notar su movimiento, pero sí la única en pronunciarlo—. Esto es una tradición familiar; ahora, ven. Los niños al centro, los padres un paso más arriba y detrás. —Ella dirigió al grupo.

Alice ya había compuesto su rostro, mostrando una expresión imperturbable. Parecía que el Señor iba a disputar, pero quedó en silencio tras una sola mirada de Claire. Cal luchó internamente durante un instante, pero finalmente cedió. No creía tener mejor oportunidad que el Señor mismo, así que arrastró los pies hacia el lugar que le indicaron.

El mayordomo llamó su atención, manteniendo la mano enguantada en alto mientras el flash se disparaba. Permanecieron quietos algunos disparos más antes de que bajara la mano. Cal se dirigió hacia el coche, dejando a la familia despedirse en sus propios términos.

Sentado en el interior, jugueteó con la estrella en su bolsillo, preguntándose qué estaría haciendo Millie en ese momento. Una sonrisa se dibujó en sus labios al pensar en Gerald intentando convencerla de no realizar una de sus experimentos, solo para que ella fuera enviada a otra tarea absurda y pudiera hacer lo que quisiera.

La puerta se abrió y Alice tomó asiento frente a él. El coche era bastante amplio, por lo que no tuvieron que rozarse las rodillas, bendición en medio de las siete horas que duraría su viaje. Ese trayecto significaba atravesar la mitad del Imperio, con las tierras de Ardere situadas en el Gran Río que limita con la Federación, mientras que su destino se encontraba en el centro del país, algo más al este, más cerca del Desierto que de lo que la mayoría consideraba cómodo.

La mano de Alice extendió algo hacia él. —Mi madre insistió en que recibieras una copia —ofreció como explicación.

Él tomó el pequeño papel brillante. La obra en su rostro era convincente; si no supiera mejor, parecería una foto familiar normal, con la excepción de que solo la madre sonreía. Amargamente, notó que esa podía ser la primera instantánea de él en este mundo, y ni siquiera era él realmente.

Cerró los ojos, contento de dejar que su trance pasara el tiempo.

—¿Me acabas de patear? —preguntó a la chica que se encontraba frente a él, tras ser sacado de su ensueño—.

—No —contestó él, mirándola con mayor intensidad mientras se masajeaba la pierna—. No estabas despertando. No tiene importancia. Tenemos asuntos que tratar.

Su espinilla, ahora llena de moretones, mostraba otra realidad.

¿Tenemos que hacerlo? Estamos en años diferentes. Cuando lleguemos al campus, simplemente podremos mantenernos alejados el uno del otro.

Ella miró por la ventana, observando el paisaje mientras seguía dirigiéndose a él. "Las cosas en la Academia no son tan sencillas como puedas pensar."

Se enderezó, de repente más interesado. Desde su charla con Millie, había decidido tomar aquella misión con mayor seriedad, y esto parecía ser una pista que lo acercaba a la verdad.

"¿Qué sabes de nuestra casa?"

Muy poco. La primera vez que escuchó algo sobre ellos fue en el paquete de información que le habían entregado.

"Es una familia de Conde con tierras en la frontera del Gran Río. Como la mayoría de las casas fronterizas, somos conocidos por nuestras habilidades marciales. No datamos del tiempo de la fundación, pero estamos cerca de ello. En términos del actual escenario político, estamos bajo la facción del Duque Procellaes." Recitó lo que sabía.

Ella le hizo una señal para que continuara. Él negó con la cabeza en señal de que no tenía más que decir.

"¿Eso es todo?" Sus labios se contraieron en una mueca. "Esperaba a mi padre, pero también a mi madre..."

El Señor y él no habían hablado de nada sustancial, y Claire nunca abordó el tema, por lo que él desconocía a qué se refería exactamente.

"Muy bien, supongo que me toca a mí." Pareció prepararse para algo. "Nuestra casa ha visto tiempos mejores. Sin duda habrás notado lo extraña que se ve la mansión."

Negó otra vez con la cabeza, preguntándose a qué se refería.

"Así es, peón de época. Bien, una mansión y una casa de nuestro tamaño normalmente sería habitada por muchas más personas. No voy a detenerme en ello, pero hubo una tragedia que nos golpeó duramente, dejando a nuestro padre como único heredero."

Los ojos del Señor se oscurecieron.

Desde entonces, hemos ido perdiendo influencia, tanto en política como en economía. Hasta ahora, hemos sido excluidos del círculo del Duque Procellaes durante bastante tiempo.

Él no entendía del todo lo que eso implicaba, pero sonaba mal y no le parecía relevante para él ni para los demonios. Se reclinó de nuevo, aún atento, aunque menos preocupado.

"Hay quienes codician lo que aún poseemos. Algunos de ellos son de índole sin escrúpulos y podrían intentar usarte para avanzar en sus propios intereses."

Pensó en sus palabras. Parecía una idea bastante inteligente. Enganchar a un campesino recién legitimado y usarlo como peón para sembrar discordia en una casa rival. Luego, descartarlo en cuanto deje de ser útil.

"No me interesa la política, y no soy tan ingenuo como para confiar en todo lo que me digan." Intentó desviar sus preocupaciones.

"Si su enfoque no funciona, Intentarán métodos más contundentes. Todos los estudiantes tienen la misma protección, pero pueden exigirte que participes en duelos."

¿Entonces iban a presionarlo para que les diera una buena lección? Eso podría resultar divertido.

"Esos duelos no son juegos. Pueden tener graves consecuencias para nuestra casa y nuestro futuro. Como heredero, te pido que ignores sus provocaciones."

"¿No sería buena idea golpearles? Seguramente se sentiría bien."

Ella puso los ojos en blanco, de manera despectiva. "¿Y estás tan seguro de que tienes la capacidad?"

Le levantó una ceja mientras él levantaba un dedo y encendía una pequeña llama. Acercándola a su rostro, la movió de un lado a otro.

Ella le dio una palmada en la mano, deteniéndolo. "¿Qué estás haciendo?"

"Revisar si tienes una conmoción cerebral." Al verla confundida, él explicó con mayor detalle: "Porque no parece recordar el resultado de nuestro 'combate'."

Su rostro se oscureció, y observó los extremos de su cabello, esperando a ver si ella encendería el asiento de cuero con su rabia. Pero no lo hizo.

"Admito que tienes cierta destreza, pero no te engañes pensando que eres mi superior. No estaba en mi mejor estado. En mi forma máxima, sería un oponente mucho más competente."

Ella había estado algo alterada. Eso no justifica las acrobacias mentales para ignorar la abismal diferencia en las habilidades.

"Existen otras consideraciones; como mencioné, no estamos en una posición envidiable. Otros, ahora satisfechos con vernos marchitar, podrían tomar medidas si demuestras capacidad."

Política, ajena a él como siempre.

"Maldita sea si hago, maldita sea si no hago."

"Esa no es una expresión con la que esté familiarizado. Sin embargo, encaja bien en la situación. Dicho esto." Su nariz se arrugó. "Tu madre pasó un tiempo enseñándote un lenguaje correcto; por favor, úsalo."

Antes le había llamado cretino. Estaba casi seguro de que eso era peor.

"Está bien, no aceptaré ninguna." En ningún momento hizo pucheros. Probablemente fue lo mejor. La idea de que la gente le prestara atención iba en contra de lo que requería su trabajo. No, mejor intentaría pasar desapercibido para moverse con mayor libertad.

"No te preocupes, ahora tengo caminos que antes no estaban disponibles para mí. Los exploraré y planearé nuestro próximo paso. Mientras tanto, si alguien te desafía, simplemente di que necesitas el permiso de tu heredero de la casa."

¿Ser incluido en sus planes? Ojalá no se vieron demasiado afectados cuando desapareciera. Eso sí, se preguntaba cómo le explicaría todo ella cuando llegara el momento. Sería una revelación impactante para la mayoría. Al menos su familia sería compensada por ello; bueno, él suponía que sí. El Imperio o la Federación debían pagarle al Señor de alguna manera.

"Pasando a asuntos menos importantes. ¿Has pensado en qué te gustaría estudiar?" Preguntó ella con una ligera inclinación de la cabeza.

"Lo que sea más fácil?" Se aventuró a decir.

En lugar de enojarse, ella pareció complacida con su respuesta. "Es inteligente no intentar sobrepasar tus límites. La Academia es el lugar de mayor prestigio en el mundo para estudiar. Dado tu trasfondo, tienes desventajas frente a quienes ya tuvieron educación en los años iniciales y cuentan con numerosos tutores privados. Si me permites, ¿te gustaría que te hiciera una recomendación?"

Parecía que iba a ofrecerla con o sin su aprobación, así que solo asintió en silencio.

"Los años de transición permiten cursar hasta cuatro materias por semestre desde los años superiores sin restricción en la concentración. La mayoría de los estudiantes lo usan para decidir su futuro académico. Tú, sin embargo, no puedes permitirte malas calificaciones. Por ello, tu mejor elección sería la concentración en administración. La carga de trabajo es sorprendentemente ligera, resultado de que la Academia privilegia las materias relacionadas directamente con la magia."

Suena a negocios. Aburrido, pero si es fácil, lo tomaré.

"Si todavía resulta un problema, tengo un conocido que podría convencer para que te ayude."

Y también un tutor a mano. Podía ser prometedor; primero vería qué opciones tenían antes de decidir.

Antes de que pudiera responder, escuchó un sonido de zumbido.

Al alcanzar uno de los bolsillos de su blazer, extrajo lo que parecía ser un teléfono inteligente. Sus ojos se abrieron ligeramente; el Imperio estaba quedado en el tiempo, y era la primera señal de tecnología avanzada que había visto aquí.

"Debe haberse enterado de que hablé de ella", murmuró Alicia mientras tipeaba. "Perdón." Su mirada se levantó y notó su mirada fija en ella. "Oh, sí, esto debería ser bastante nuevo para ti. Confieso que son una innovación bastante reciente de la Academia. Mucho mejor que los modelos antiguos, que solo permitían llamar y enviar textos. Es decir, enviarse mensajes mutuamente. Una lástima que la red aún no llegue a nuestras tierras."

¿Innovación? Eso era totalmente una copia barata. Probablemente robó el original de un cadáver de la Federación; ¡eso era lo suyo!

Ella confundió su mirada con otra cosa. "No te preocupes, a todos los nuevos alumnos se les entrega uno. Podemos intercambiar números cuando consigas el tuyo. Ten cuidado de no dañarlo; son bastante caros de reemplazar."

Que fuera costoso para la chica que vivía en una casa con más de veinte habitaciones significaba mucho. Eso era creíble, dado que no estaba seguro de que todos fueran tan comunes fuera de las fuerzas de la Federación de élite. Su presencia en la sede principal era un beneficio adicional de la presencia de Millie.

Su teléfono vibró y le robó la atención nuevamente mientras se hundía en él. Tener un teléfono otra vez sería una distracción bienvenida, aunque tendría que tener cuidado con qué lo usaba. Aunque estaban atrasados, sería una tontería pensar que no tenían algún tipo de monitoreo en marcha.

Ha lidiado con eso antes, y aunque era divertido poner nervioso a quien vigilaba su actividad con búsquedas cada vez más extrañas, esta situación requería un enfoque más sutil.

Al verla todavía absorta, volvió a caer en un trance durante el resto del viaje.

Cuando volvió a ser consciente, estaba ligeramente encorvado hacia adelante. Su mano sujetando una bota. No hacía falta ser genio para entender qué estaba haciendo antes de detenerla inconscientemente. La soltó y le lanzó una mirada a la culpable. Ella ni siquiera tuvo el decoro de parecer avergonzada.

"Ya casi llegamos; mira, puedes ver la ciudad." Ella señaló hacia la ventana a su derecha, y él se acurrucó para tener una mejor vista.

Era un mar urbano, edificios de diseños infinitos se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Mejoró su visión, pero aún así no lograba ver el final.

"Es bastante impresionante." Ella habló con cierto tono de asombro en la voz. Él se desplazó un poco a un lado, compartiendo la ventana y admirando la misma escena. "Es la ciudad más grande del Imperio, la llaman hogar más de dos millones de habitantes. Esta es mi parte favorita del recorrido. Es la mayor altitud a la que llega la carretera antes de descender hacia la ciudad."

Era grande, tal vez la más extensa que había visto en esta vida. Difícil de precisar, ya que no había visitado muchas y las pocas que conoció las hizo de noche, dificultando juzgar su tamaño.

Ella rozó su hombro con el suyo. "Por allá, ¿ves? Las murallas ya empiezan a vislumbrarse."

Él las vio, aunque aún parecían pequeñas en el horizonte. Potenció su visión, y más detalles comenzaron a centrarse. Eran enormes; usando el entorno, estimó que alcanzaban casi los cuarenta metros de altura. Su color era negro, pero no del todo como la cabaña. Emitían una sensación diferente; mientras la cabaña advertía de mantenerse alejado, estas casi parecían desafiarlo. Cortó la conexión, incómodo con lo que había comenzado a sentir.

Parecía demasiado cercano a la magia mental.

Miró de nuevo hacia la ciudad, recordando los detalles que vio cuando su visión aún estaba potenciando. Los edificios tendían a ser pequeños, y no vio ninguno de más de tres pisos. Esa era la buena noticia, porque la ciudad en sí aún era enorme.

Y allí afuera, idiotas planeaban desatar las fuerzas del infierno.

Revisión #1

Creado 9 septiembre 2026 13:09:40 por Hannah Baker

Actualizado 9 septiembre 2026 13:09:40 por Hannah Baker